

— Vamos, buen Mr. Ferrán, no me tratéis con aspereza : escribidle á Mr. de Orbigny, que aguarda vuestra carta para remitiros amplios poderes á fin de que realicéis esa suma...

— ¿Cuánto á poca diferencia?

— Me parece que me habló de cuatrocientos ó quinientos mil francos.

— La suma es menos considerable de lo que yo pensaba, y además, ¿no se lo habéis sacrificado todo á Mr. de Orbigny? Su hija, por otra parte, es muy rica, vos no tenéis nada; soy de parecer que debéis aceptar.

— ¿De veras lo creéis así? preguntó madama de Orbigny embaucada como todo el mundo, con la proverbial probidad del notario, y que no había sido desengañada por Polidori.

— Podéis aceptar, repitió Ferrán.

— Aceptaré pues, dijo madama de Orbigny dando un suspiro.

En aquel momento llamó á la puerta el principal pasante.

— ¿Qué hay? preguntó el notario.

— La señora condesa Mac-Gregor.

— Que aguarde un instante.

— Os dejo, pues, mi estimado Mr. Ferrán, dijo madama de Orbigny; escribiréis á mi marido puesto que lo desea; os enviará amplios poderes y...

— Escribiré.

— Adiós, mi digno y excelente consejero.

— ¡Ah! los que vivís en el gran mundo no sabéis cuán desagradable es encargarse de tales depósitos, ni la responsabilidad que sobre nosotros pesa. Os aseguro que no hay cosa más detestable que esa hermosa reputación de probidad que no sirve más que para proporcionar muy malos ratos.

— Y la veneración de los hombres honrados.

— Por la gracia de Dios, dijo Ferrán en tono de beato, yo no espero la recompensa en este mundo.

XVII

LA CONDESA MAC-GREGOR

Sara entró en el cuarto del notario con su presencia de espíritu y su resolución habituales, y como Ferrán no la conocía é ignoraba el objeto de su visita, se puso en guardia aun más de lo que solía, halagado con la esperanza de engañar á otra persona. Miró con grandísima atención á la condesa, y á despecho de la impasibilidad de esta mujer cuya frente no se inmutaba jamás, notó en las cejas un ligero temblor, que en su concepto revelaba una turbación mal reprimida. Alzóse de su poltrona el notario; adelantó una silla, é indicando á Sara que se

sentase, le dijo: Me pedisteis hora para hoy, y como ayer estuve muy ocupado no he podido contestaros hasta esta mañana; espero, señora, que disimularéis el no haberos acudido con más prontitud.

— Deseaba veros, caballero, para un negocio de la mayor importancia, y vuestra reputación de probidad, y de cortesanía me hace esperar un feliz resultado del paso que voy á dar cerca de vos.

— El notario se inclinó ligeramente.

— Yo sé, caballero, que vuestra discreción es extremada.

— Es un deber mío tenerla, señora.

— Sois hombre rígido é incorruptible.

— Sí, señora.

— ¿Y si os dijeran que depende de vos volver la vida, y la razón que vale más que la vida, á una madre desgraciada, tendríais valor para negaros á ello?

— Señora, concretad los hechos y contestaré.

— Hace cerca de catorce años, como que fué á últimos de diciembre de 1824, que un hombre joven y vestido de luto vino á proponeros que tomaseis la suma de 150,000 francos que se trataba de colocar para establecer una renta vitalicia á una criatura de tres años cuyos padres no querían ser conocidos.

— ¿Y luego? dijo el notario huyendo con esto de contestar de un modo afirmativo.

— Os encargasteis de poner ese dinero á réditos y de asegurar á esa criatura una renta vitalicia de ocho mil francos anuales, la mitad de cuya renta debía irse capitalizando para cuando llegase á la mayor edad, y la otra mitad debíais entregarla á la persona que se encargaba de la criatura.

— ¿Y luego, señora?

— Al cabo de dos años, dijo Sara no pudiendo reprimir una ligera emoción, murió esa criatura el día 28 de noviembre de 1827.

— Antes de continuar esta conversación, señora mía, me atrevo á preguntaros que interés tenéis en ese negocio.

— La madre de esa niña es hermana mía, caballero, y en prueba de lo que digo tengo la partida de óbito de la niña, las cartas de la persona que se encargó de ella, y la obligación de vuestro cliente, en cuya casa colocasteis los 50,000 escudos.

— Dejadme esos papeles, señora.

Pasmada Sara al ver que no se la creía por su palabra, sacó de una cartera muchos documentos que el notario examinó detenidamente.

— ¡Y bien, señora! ¿qué es lo que queréis? La partida de óbito está en regla: los cincuenta mil escudos han pasado por muerte de la niña á ser propiedad de Mr. Petit-Jean mi cliente, y ésta es una de las eventualidades que ofrecen los vitalicios, y así se lo indiqué á la persona que me encargó la colocación del

dinero. En cuanto á la pensión, yo la pagué exactamente mientras vivió la niña.

— Nada más arreglado que vuestra conducta en este negocio, caballero, y me cabe una satisfacción en manifestároslo. La mujer á quien fué confiada la niña tiene derecho á nuestra gratitud porque cuidó con mucho esmero de mi sobri-
nita.

— Es verdad, señora, y también yo quedé tan satisfecho de la manera como se condujo, tanto que viéndola sin colocación después de la muerte de esta criatura, la tomé á mi servicio, y desde entonces la conservo.

— ¿ Tenéis en casa á la señora Serafina ?

— Hace catorce años que es mi ama de gobierno, y no puedo quejarme de ella.

— Entonces, caballero, podría sernos muy útil si quisierais acceder á una solicitud que os parecerá extraña y aun quizás irregular al primer golpe de vista : mas cuando conozcáis el intento con que la hago...

— ¡ Una solicitud irregular, señora ! Creo que vos seréis tan incapaz de dirigirmela como yo de escucharla.

— Sé que á cualquiera debería dirigirse antes que á vos : pero yo pongo mi esperanza, mi única esperanza en vuestra compasión : y de todos modos sé que hablo con un caballero discreto.

— Podéis contar con que lo soy, señora.

— Continúo pues : la muerte de esa niña ha desconsolado á su madre en tales términos, que su dolor es hoy tan vivo como catorce años atrás, y después de haber temido por su existencia, hoy tememos por su juicio.

— ¡ Pobre madre ! exclamó Ferrán dando un suspiro.

— ¡ Oh ! seguramente, caballero, era una madre bien desventurada, mucho más cuando en la época en que murió esa hija sólo tenía motivos para avergonzarse de su nacimiento, al paso que ahora las circunstancias han variado tanto, que mi hermana podría, si la tuviese, legitimar á su hija, envanecerse de ser su madre, y no separarse nunca de ella. Este dolor unido á otros pesares, nos hace temer á cada instante que se trastorne su razón.

— Por desgracia nada podemos remediar en este asunto.

— Sí, señor.

— ¿ Cómo es posible, señora ?

— Suponed que se le dice á la madre que si bien se creyó que su hija había muerto, no es así, y que la mujer que cuidó de ella en la infancia puede confirmarlo.

— Semejante engaño sería cruel, señora, y á más, ¿ de qué serviría hacer concebir una vana esperanza á esa pobre madre ?

— ¿ Y si no fuese un engaño, caballero ? ó por mejor decir, ¿ si esa suposición pudiese realizarse ?

— ¿ Por medio de algún milagro ? Si para lograrlo no fuese menester más que juntar mis oraciones á las vuestras, lo haría con toda mi alma, creedlo, señora : pero desgraciadamente la partida de óbito es concluyente.

— Ya lo sé, caballero, la niña murió, y no obstante si vos quisierais la desgracia no sería irreparable.

— Señora, todo esto me parece un enigma.

— Hablaré con más claridad. Si mi hermana encuentra á su hija, no sólo renace á la vida, sino que está segura de casarse con el padre de esa niña, que hoy está libre como ella. Mi sobrina murió á la edad de seis años, sus padres no han conservado ningún recuerdo de su fisonomía, como que no la han visto desde mucho antes. Suponed que se encuentra una joven de diez y siete años que es la edad que tendría ahora mi sobrina, una joven de las muchas que hay abandonadas por sus padres, y se le dice á mi hermana que esa es su hija, que se la había engañado, que ha habido motivos poderosos para suponerla muerta, y que la mujer que la crió y un notario respetable se lo aseguran, y le probarán que es ella...

— Ferrán después de haber dejado hablar á la condesa sin interrumpirla, alzóse de repente y exclamó indignado : Basta, señora, basta, ¡ eso es una infamia !

— ¡ Caballero !

— ¡ Atreverse á proponerme á mí ¡ á mí ! la suplantación de una criatura, el extravío de una fe de óbito, y en último resultado un crimen ! Es la primera vez en mi vida que se me hace semejante insulto y sin embargo no lo merezco, vos lo sabéis.

— Pero, caballero, ¿ á quién se perjudica con todo eso ? Mi hermana y la persona con quien desea casarse están viudos, y no tienen hijos : los dos lloran amargamente la hija que perdieron ; engañarles es darles la felicidad y la vida, es asegurar un porvenir dichoso á una pobre joven abandonada, y por lo mismo no es un crimen sino una acción noble y generosa.

— En verdad, exclamó el notario con una indignación que iba en aumento, me admira el ver como se presenta con tan bellos colores un proyecto tan execrable.

— Pero reflexionad, caballero...

— Repito, señora, que esto es una infamia, y es vergonzoso ver que una señora de vuestra clase urde tan abominables proyectos, en los cuales juzgo que no tiene parte vuestra hermana.

— ¡ Caballero !

— Basta, señora, basta, yo no soy galante y os diré secamente verdades amargas.

Sara echó al notario una de esas miradas amenazadoras, terribles, y le dijo :
¿ Os negáis ?

- Basta de insultos, señora.
- ¡ Cuidado con lo que hacéis !
- ¿ Amenazas á mi ?
- Amenazas á vos ; y á fin de que conozcáis que no serán vanas, sabed desde luego que yo no tengo hermana...
- ¡ Cómo, señora !
- Yo soy la madre de esa niña.
- ¿ Vos ?
- Yo : había buscado un rodeo para llegar á mi objeto, discurrido una fábula para interesaros, pero veo que sois inexorable, y descubro el secreto, ¿ queréis guerra, eh ? pues bien, yo os la declaro.
- ¡ Será porque no quiero tomar parte en una intriga criminal ! Es mucha audacia.
- Escuchadme, caballero, vuestra reputación de hombre honrado es absoluta, pública, inmensa...
- Porque es merecida, y así es menester que hayáis perdido la razón para proponerme lo que me habéis propuesto.
- Yo sé mejor que nadie, caballero, hasta qué punto debe desconfiarse de esas reputaciones de virtud uraña que muchas veces sirven de velo á las liviandades de las mujeres y á las picardías de los hombres.
- ¿ Os atreveríais, señora ?...
- Desde el principio de nuestra conferencia he comenzado á dudar que merezcáis el aprecio y la veneración de que gozáis.
- ¿ De veras, señora ? Esa duda honra á vuestra perspicacia.
- ¡ Con que sí, eh ! Ya sé que esa duda está fundada en cosas de poca importancia, en el instinto, en presentimientos inexplicables ; pero rara vez me han engañado á mí los presentimientos.
- Acabemos esta enojosa conversación, señora.
- Sabed antes á lo que estoy resuelta. Comienzo por deciros aquí, de vos á mí, que estoy convencida de la muerte de mi hija ; mas no me importa, yo diré que no ha muerto, pues ya sabéis que las causas más desesperadas se defienden, y no todas se pierden. En vuestra posición actual debéis tener muchos envidiosos que reputarían como una gran fortuna hallar conyuntura avorable para atacaros, y yo se la proporcionaré.
- ¿ Vos ?
- Yo, atacándoos con cualquier pretexto : con el de que no está en regla la fe de óbito de mi hija, con otro cualquiera, porque el pretexto es lo que menos importa. Yo sostendré que mi hija vive, y como tengo el mayor interés en hacerlo creer así, este pleito me servirá dando publicidad inmensa á este negocio : una madre que reclama á su hija interesa mucho, y yo contaré como

partidarios míos, á todos los que os tienen envidia, á todos vuestros enemigos y á todas las personas sensibles y románticas.

— Pero todo eso es infame y descabellado, porque, ¿ qué interés hubiera yo tenido en hacer pasar por muerta á vuestra hija si no lo estuviese ?

— Es verdad ; no deja de haber dificultades para buscar el motivo, mas por fortuna los abogados me sacarán del apuro ; así, de pronto, me ocurre uno y es que vos convenido con vuestro cliente en repartiros la suma entregada para el vitalicio de esa niña, la habéis hecho desaparecer.

El notario, impasible siempre, hizo un gesto como de desprecio, y dijo :

— Si hubiese sido capaz de eso, en lugar de hacerla desaparecer la habría dado muerte.

Sara se quedó pasmada, y después de callar un momento, dijo : Para un hombre tan santo como vos es una idea de crimen muy profunda. ¿ Si habré yo dado en el blanco disparando al acaso ? Esto me da que pensar, y pensaré. Una palabra, y parto. Sabed que yo soy mujer que destruyo todos los obstáculos que me estorban. Reflexionad bien, es preciso que mañana hayáis decidido. Podéis hacer impunemente lo que os pido : el padre de la niña enagenado de gozo, no discutirá acerca de la posibilidad de semejante resurrección, con tal que nuestras mentiras estén bien combinadas. Por otra parte no tiene otra prueba de la muerte de esa niña que la carta escrita por mí hace catorce años, y me será fácil persuadirle de que le engañé, porque entonces tenía contra él justos motivos de queja. Le diré que dejándome llevar por mi dolor, quise darle á entender que quebrantaba el último lazo que nos unía ; vos en nada podéis comprometeros, afirmad tan sólo que fué cosa convenida entre vos, Serafina, y yo y todo el mundo os creerá. En cuanto á los cincuenta mil escudos, son cosa absolutamente mía, y quedarán á favor de vuestro cliente, que no debe saber una palabra de todo esto ; y por fin, vos fijaréis vuestra recompensa. Ved ahora lo que os tiene cuenta.

Á pesar de la extrañeza y de los temores que todo esto le causaba, conservó Ferrán su presencia de espíritu ; aunque el hecho era que la condesa creyendo realmente que su hija había muerto, proponía al notario que hiciera pasar por viva á la niña que catorce años atrás él hizo pasar por muerta, era hombre demasiado astuto, y conocía muy bien los peligros de su posición para que se le ocultara la importancia de las amenazas de Sara. El edificio de la reputación de Ferrán aunque levantado con suma habilidad y trabajo, descansaba en una tabla. El público se desapasiona con la misma facilidad con que se entusiasma, y le gusta tener derecho de revolcar al mismo á quien poco antes ensalzaba hasta las nubes : ¿ quién era capaz de prever las consecuencias que tendría el primer ataque dirigido á la reputación de Jaime Ferrán ? Por más descabellado que el ataque pareciese, su misma audacia era capaz de despertar sospe-

chas. Espantaban al notario la perspicacia y la dureza de corazón de Sara, que siendo madre, no se había enternecido hablando de su hija, y sólo pareció sentir su muerte como la pérdida de un elemento para sus propósitos. Seme-



Si nos hacemos la guerra será encarnizada.

jantes caracteres son inexorables en sus planes y en sus venganzas. Con el deseo de ganar tiempo para evitar este peligroso golpe, Ferrán dijo friamente á Sara : Me habéis pedido que reflexione hasta mañana á mediodía, y yo soy quien os

da tiempo hasta mañana para renunciar á un proyecto cuya trascendencia no habéis calculado. Si hasta entonces no recibo carta vuestra, diciéndome que desistís de tan desatinada y criminal empresa, os haré ver á costa vuestra que la justicia protege á los hombres honrados que se niegan á tomar parte en tales intrigas, y que puede alcanzar á los fautores de tan abominables tramas.

— Esto significa, señor mío, que me pedís un día más á fin de meditar mis proposiciones : es una buena señal, y os lo concedo. Pasado mañana á la misma hora de hoy, vendré, y se decidirá entre nosotros la paz ó la guerra, pero os lo repito, si nos hacemos la guerra, será encarnizada, sin compasión, sin tregua. Y al decir estas palabras salió Sara de casa del notario.

Todo va á pedir de boca, se decía á sí misma; esa miserable criatura á cuyo favor se inclinaba Rodolfo por mero capricho, y á quien había enviado á la quinta de Bouqueval para convertirla más adelante en su dama, ya no me da cuidado, porque gracias á la Tuerta, me he desembarazado de ella.

La astucia de Rodolfo ha salvado á la marquesa de Harville del lazo en que quise que cayera ; pero es imposible que se libre de la nueva trama que le preparo, y quedará perdida para siempre en el concepto de Rodolfo. Triste entonces, desalentado, privado de todo afecto, tendrá tal disposición de ánimo, que le será muy lisonjero ser víctima de un engaño, al cual con el auxilio del notario daré todas las apariencias de la verdad. Y el notario me ayudará, como yo lo preveía, porque he logrado meterle miedo.

Fácil me será encontrar una joven huérfana, interesante y pobre, que alocionada por mí desempeñe el papel de nuestra hija tan amargamente llorada por Rodolfo : yo conozco su grandeza de alma y la generosidad de su corazón. Sí, para dar un apellido y colocar en alto rango á la que creará hija suya, infeliz hasta ahora y abandonada, reanudará otra vez nuestros vínculos, que yo había creído indisolubles, se realizarán al fin los vaticinios de mi nodriza, y esta vez alcanzaré el constante objeto de mi vida... una corona.

Apenas la condesa salió de la casa de Ferrán, cuando Mr. Carlos Robert bajando de un elegantísimo carruaje entró en ella, y como parroquiano que era se dirigió al gabinete del notario.

XVIII

CARLOS ROBERT

El comandante, según solía llamarle madama Pipelet, entró sin cumplimientos en el cuarto del notario, á quien encontró de humor sombrío y atrabiliario ; así es que le dijo bruscamente : Yo reservo las tardes para mis clientes, y cuando querráis hablarme, venid por la mañana.